

INTRODUCCIÓN: APROXIMACIÓN AL ESTUDIO DE LA ÉTICA

JAIME VILARROIG MARTÍN
UNIVERSIDAD CEU CARDENAL HERRERA

1. DUEÑOS DE LA PROPIA VIDA

1.1. EL ARTE DE CONDUCIR LA PROPIA VIDA.

UTILIDAD DE LA ÉTICA. DISTINCIÓN ENTRE ÉTICA Y MORAL

Algunos piensan que la ética tiene que ver con las obligaciones y las prohibiciones. Pero este es tan solo uno de los modos de ver la ética y, ciertamente, no el más atractivo. Los grandes maestros de la filosofía griega, como Aristóteles, pensaban que la ética era más bien el arte de ser feliz. Si para ser expertos en el arte de impartir justicia hay que estudiar la ciencia del derecho, y para saber pintar buenos cuadros hay que saber algo de perspectiva y geometría, ¿cuál será la ciencia que nos enseñe a vivir bien? La ética.

¿Y para qué queremos vivir bien? En el proceso de justificación de una afirmación, necesariamente llegamos a puntos últimos que son de suyo evidentes, sobre los que no cabe dar una razón ulterior, salvo que lo hagamos como mera forma de entretenimiento. Igual que si alguien pregunta por qué uno y uno son dos, o por qué los solteros son personas no casadas. Si alguien nos preguntara por qué debemos vivir bien, es decir, ser buenos, únicamente podríamos indicarle que reflexione sobre lo que acaba de preguntar. No llegamos a la convicción de que tenemos que vivir bien tras un largo

proceso de reflexión: lo que nos viene dado de antemano, el lugar desde el que nos encontramos arrojados en la existencia, nos impele a buscar una forma de vida siempre mejor. El ser humano no se contenta con ir viviendo: está preocupado desde que adquiere conciencia de sí, de que la vida que adopte tenga la cualidad de «buena».

La palabra «ética» proviene del griego «*ethos*», y significa «costumbre». La palabra «moral» proviene del latín y significa también «costumbre». Así que la ética o moral etimológicamente, significa la «costumbre» o modo de vida que uno adopta para vivir bien. Aunque etimológicamente, según vemos, no hay ninguna distinción entre ética y moral, parece que en estos últimos años se va acuñando un uso un poco más preciso de estos términos: moral se emplea más para hablar de los códigos concretos de comportamientos que adopta un grupo humano determinado (y así se habla de moral cristiana, moral occidental, moral islámica, moral laica, etc.) mientras que ética se reserva para hablar de la reflexión filosófica sobre dichos códigos morales (y entonces hablamos de ética estoica, ética kantiana, ética procedimental, etc.). Moral es el conjunto de costumbres que puede adoptar el ser humano; ética es la reflexión filosófica que hace el ser humano sobre dichas costumbres.

1.2. DIFERENCIAS ENTRE CIENCIA, ARTE Y PRAXIS.

ÉTICA, CIENCIAS HUMANAS Y TÉCNICA

¿La ética es una ciencia o es un arte? Primero habrá que diferenciar los términos. Llamamos ciencia (*episteme*) al conocimiento de algo según sus causas; llamamos arte (*techne*) a un conjunto de principios que regulan una actividad. Así, una cosa es la ciencia del ritmo, y otra el arte de tocar un instrumento de percusión; una cosa es la ciencia de la perspectiva y otra el arte de manejar un pincel. La ciencia tiene

que ver con lo teórico y la técnica con el hacer. En este sentido, la ética es tanto ciencia como arte: es ciencia porque busca las causas que conducen a la felicidad del hombre, o a adoptar un estilo de vida bueno; es arte porque la ética proporciona también principios prácticos que regulan todo lo que hacemos en la vida. Pero hay una tercera categoría entre la ciencia y la técnica, que sería la praxis, y en esta categoría es donde estaría alojada la ética. La praxis son las acciones humanas (las costumbres) que tienen que ver con la ética: no basta con saber qué es la pintura; no basta con hacer buenos cuadros: se trata de ser buena persona. Y las personas nos llamamos buenas no porque sepamos mucho (ciencia) ni porque estemos entrenados en ciertas técnicas (arte) sino porque hacemos cosas buenas (praxis).

La ética es la reflexión sobre las cosas que nos pueden conducir a una buena vida, y en este sentido se ocupan de lo que debe ser. Las ciencias humanas estudian al ser humano, y en este sentido se ocupan de lo que es. Y hay una diferencia abismal entre lo que es y lo que debe ser. La sociología estudia cómo es la sociedad; la psicología cómo funciona la mente; la historia cómo ha sido la humanidad hasta ahora; la antropología cómo es el hombre en su esencia o en sus manifestaciones culturales. Sin embargo sólo la ética nos abre a una nueva dimensión que es la del deber ser: aunque todos los seres humanos fueran unos asesinos, sería cierto que el ser humano no debe ser un asesino. ¿Por qué? Ese es precisamente el campo de estudio de la ética. En este punto la ética se parece a la técnica (el arte), porque también la técnica se ocupa de cómo debemos hacer las cosas, y no de cómo realmente se hacen: aunque todos los carpinteros hicieran mal las sillas, el arte de construir sillas nos seguiría diciendo como deben ser hechas las sillas.

Los que comienzan con el estudio de la ética confunden a menudo la ética con la sociología o la antropología cultural, el plano del deber ser con el plano del ser. Por eso a veces se oyen objeciones como: ¿por qué no puedo comer

carne humana si algunas tribus lo han practicado a lo largo de los siglos? Esta pregunta denota una confusión de planos: la de los que creen que porque una cosa se viene haciendo (plano del ser) es bueno de suyo que se haga (plano del deber ser). En la ética (y en el fondo, cualquier persona que lo piense con detenimiento) se parte del presupuesto de que no todas las acciones valen lo mismo; de que no da igual entregar la vida por los hijos que freírlos en aceite.

1.3. ÉTICA SOCIAL: PROYECCIÓN SOCIAL DE

LA ACTIVIDAD HUMANA. TRANSFORMAR LA SOCIEDAD

A menudo se plantea la ética como lo que yo tengo que hacer, como si yo pudiera actuar al margen de los demás. La cosa es más complicada de lo que parece. El ser humano vive en comunidad no como una opción más: el ser humano es constitutivamente un ser con los demás. Sin los demás, ni existimos, ni nacemos, ni sobrevivimos, ni somos capaces de formar un pensamiento coherente sobre el mundo que nos rodea. Darle la espalda a la sociedad con intención de vivir para uno mismo, pensando que no le debo nada a nadie, sólo puede ser fruto de una profunda inconsciencia acerca de lo que se es. Así que, puesto que el ser humano absolutamente solitario es un mero ente de razón (algo imaginado, un concepto, pero no algo que exista en la realidad), la ética cuenta necesariamente con las comunidades de referencia en las que se inserta cada vida humana.

Así, las personas no sólo buscamos una buena vida, ser buenos; buscamos además que las comunidades de referencia que nos constituyen (familia, amigos, instituto, equipo deportivo, barrio, parroquia, municipio, país, etc.) mejoren a la par que yo mejoro. Por diversas razones: por amor a los demás, no sólo queremos nuestro bien sino también el suyo; por solidaridad, porque entendemos que su bien y su mal están de alguna

manera ligados a nosotros, los sentimos y vivimos como algo nuestro; por egoísmo práctico, porque si mi entorno es bueno, viviré mejor; y si mi entorno es malo, viviré peor. En cualquier caso, el empeño de vivir bien tiene que ir necesariamente ligado a la transformación a mejor de las sociedades en las que vivimos. Otras razones de altruismo recíproco práctico pueden llevarnos a cuidar de que nuestra forma de vida no afecte negativamente a los otros, pues tampoco querríamos que el mal vivir de los demás nos afectara negativamente.

1.4. ÉTICAS MATERIALES Y ÉTICAS FORMALES (LA REGLA DE ORO); ÉTICA TELEOLÓGICA Y ÉTICA DEONTOLÓGICA

Existen varias maneras de clasificar las éticas. Una que ha hecho bastante fortuna desde Kant consiste en distinguir entre éticas formales y éticas materiales. Las éticas materiales, preocupadas por que el hombre sea bueno haciendo el bien, identifican el bien con algo determinado y concreto, que puede ser el placer, la utilidad, o la felicidad. Es decir: ser buen médico consiste en hacer buenas acciones como médico; y según se identifique el bien con la utilidad, el placer, o la felicidad, ser buen médico podrá consistir en que mis acciones sean máximamente útiles a pacientes y colaboradores, o proporcionarme y proporcionarles el máximo placer posible, o intentar ser feliz siendo médico y haciendo que ellos alcancen su felicidad a través de mi actividad médica. Estos objetivos se concretarían en una serie de pautas (principios, medidas, reglas) de acción. Las éticas materiales me dicen en concreto «qué» debo hacer.

Las éticas formales, por otra parte, constatando la dificultad de afirmar con certeza lo que el hombre debe hacer, puesto que las posibilidades son innumerables (¿qué significa serle útil o dar placer a un paciente, o hacerle feliz?), optan por prescribir tan sólo «cómo» hay que actuar, sin

descender al detalle de que hay que hacer esto o aquello. La regla de oro de la moralidad encaja bien en la idea de lo que se entiende por ética formal: haz lo que te gustaría que te hicieran (o en su versión negativa: no hagas lo que no te gustaría que te hicieran). Esta sencilla norma parece estar arraigada en el corazón humano, y aparece tanto en textos cristianos como confucianos. Kant en la *Crítica de la razón pura* la llevó a un nivel de tecnicismo ciertamente admirable en la primera formulación del imperativo categórico: «obra de tal manera que tu máxima de acción particular la puedas querer como una ley universal para toda la humanidad». Como se ve, esta norma no te dice en concreto qué tienes que hacer, pero es un criterio bastante bueno para decidir casos dudosos: me encuentro diez euros en la calle; ¿qué hago? ¿me los quedo o busco a su dueño? La regla de oro diría: haz lo mismo que te gustaría que hicieran contigo si fueras tú quien ha perdido el dinero. En el ejemplo del médico, la máxima resolvería los dilemas aplicando el mismo razonamiento: trata a tus pacientes como tú querrías ser tratado si fueras otro paciente.

También de Kant procede la distinción entre ética teleológica y ética deontológica. La ética teleológica se rige por el fin u objetivo (*telos*, en griego) que pretende una acción; la ética deontológica se rige por el deber (*deontos*, en griego) prescrito en un código de conducta. La ética teleológica dirá a un periodista: «Cuando escribas artículos de la verdad porque así serás más feliz, la gente será más libre y feliz al leerte, etc.». La ética deontológica dirá a un periodista: «Cuando escribas artículos de la verdad porque es lo que debes hacer». Kant criticó la ética teleológica porque subordinaba la realización del bien a algo que no era el deber mismo (¿y si la gente es más libre o feliz si el periodista les cuenta una mentira?). Sin embargo, se le achaca que la mera apelación al deber como norma de conducta es un motivo muy débil para la mayor parte de la humanidad.

1.5. ÉTICA DE MÍNIMOS Y ÉTICA DE MÁXIMOS, ÉTICA CIVIL. PROBLEMA DE LOS CONSENSOS Y RELATIVISMO

Los estudios contemporáneos de ética también suelen distinguir entre ética de máximos y ética de mínimos. Las éticas de máximos serían propuestas totales de vida buena, que apuestan al máximo por unas determinadas conductas que me harán mejor persona o me harán más feliz. Por ejemplo, el ideal de vida vegetariano o vegano sería un buen ejemplo de ética de máximos. Las éticas de mínimos se contentan (y no es poco) con articular una serie de mínimos en los que todos deberíamos estar de acuerdo para vivir humanamente: puesto que no todos estamos dispuestos a seguir el modo de vida vegetariano, habrá que ver qué cosas no debemos hacer tanto los vegetarianos como los omnívoros. Quizá encontramos una raíz de esta distinción en la tradición judeocristiana, al distinguir entre los mandamientos (ética de mínimos) y las bienaventuranzas o los consejos evangélicos (ética de máximos). Es decir: no matar, no robar o no mentir son prohibiciones que competen a cualquier ser humano; mientras que ser célibe, vivir pobremente o someterse en obediencia a alguien con quien no tengo obligación ninguna es cuestión de opción personal.

La ética de mínimos a veces se llama también ética cívica: ética del ciudadano (*cives*), del que vive en medios de una comunidad humana. Porque si yo vivo sólo en la montaña, dirían algunos, puedo adoptar el modo de vida que me plazca, mientras que si vivo entre otros semejantes a mí, hay determinadas cosas que no puedo hacer, y modos de vida que no puedo imponer a los demás. La ética cívica está orientada a la convivencia pacífica entre varias personas, con estilos de vida diferentes, con proyectos vitales dispares, con modos de ver la vida muy distintos, pero sin embargo con la clara voluntad de que mi estilo de vida no perjudique al que tengo

al lado. ¿Por qué? Porque tampoco estoy interesado en que el estilo de vida del que tengo al lado me perjudique a mí.

La ética de mínimos y la ética cívica, a menudo se plantea como una cuestión de consenso. Es decir: como si todos los que convivimos en una determinada comunidad humana tuviéramos que decidir qué valores son lo que vamos a seguir. Visto así, los valores que dirigen nuestra vida (lo que debe ser) no sería algo real y firme, sino una opinión decidida por la mayoría. Aunque es cierto que una mayoría suele ser capaz de ver mejor qué está bien o qué está mal (plano epistemológico), no es cierto que sea la mayoría la que decida acerca de la bondad o maldad de las acciones (plano ontológico). Matar a un inocente estaría mal aunque lo negara toda la humanidad unánimemente.

Pensar que el bien y el mal se decide por mayorías nos aboca al relativismo moral que no se sostiene por razones teóricas ni prácticas. El relativismo moral es inconsistente a nivel teórico porque si cada uno forja a capricho las nociones de bien y mal, entonces el sentido mismo de las expresiones bien y mal deja de tener validez (y habría que callar). El relativismo moral es inconsistente a nivel práctico porque en su vida práctica nadie es relativista: al relativista basta con robarle el coche o propinarle un puñetazo inesperado para que se convenza de que en ética no todo vale. De hecho, incluso el relativista prescinde naturalmente del consenso cuando debe tomar una decisión importante, una decisión que puede comprometer su vida, su ego, su bienestar. No decide someterse a un tratamiento, cambiarse de trabajo, pedir un aumento de sueldo, la compra de su casa o adquirir un nuevo coche, apelando al consenso del hospital, de sus vecinos, compañeros de trabajo, o si quiera de sus hermanos o amigos. Piensa en ello, compara distintas alternativas, consulta sus dudas a algún experto y se decide por la opción que colma más plenamente su necesidad/ deseo. No hay rastro de consenso, ni vestigio de que todas las opciones sean igualmente buenas para él.

BIBLIOGRAFÍA

- ADORNO, T. (1998), *Minima moralia*. Taurus, Madrid.
- ARISTÓTELES (2001), *Ética a Nicómaco*. Alianza, Madrid.
- BRANDT, R. (2006), *Teoría ética*. Alianza, Madrid.
- CORTINA, A. (1986), *Ética mínima: Introducción a la filosofía práctica*. Tecnos, Madrid.
- GÓMEZ, C., MUGUERZA, J. (2007), *La aventura de la moralidad*. Alianza: Madrid.
- KANT, I. (2013) *Crítica de la razón práctica*. Alianza, Madrid. ¿Es posible ser feliz?
- WILLIAMS, B. (1988), *Introducción a la ética*. Cátedra, Madrid.

2. ¿ES POSIBLE SER FELIZ?

2.1. FIN NATURAL, FELICIDAD Y SENTIDO DE LA VIDA

El ser humano, cualquiera de nosotros, busca una vida que tenga la cualidad de buena. Ya hemos dicho que, igual que no tiene sentido preguntar por qué prefieres una película buena a una mala, la cuestión de por qué es preferible la vida buena a la vida mala es evidente de suyo. Ahora bien, lo que parece que todo ser humano busca en la vida es ser feliz. La vida buena que todos estamos buscando es lo mismo que la felicidad que anhelamos. Y de nuevo nos encontramos con algo que es imposible de razonar más allá de la evidencia que entraña la expresión: «quiero ser feliz». Intentemos pensar un caso que refutara este aserto: ¿hay veces que las personas no queremos ser felices? No vale con que haya gente que no es feliz: cualquier infeliz en el fondo desea ser feliz. ¿Qué hay de los suicidas? En el fondo el suicidio es la huida de una situación actual de infelici-

dad, por lo que reafirma la idea. ¿Qué hay de las personas que renuncian a la propia felicidad para hacer cualquier otra cosa? En realidad es porque han descubierto que en el hacer esa otra cosa está su propia felicidad. No hay manera de salirse de aquí. A esta concepción ética se la llama eudaimonismo moral (de *Eudaimonía*, felicidad en griego).

La felicidad está unida con el sentido de la vida. Evidentemente, si la vida tiene un sentido, una dirección, un por qué último, es más fácil ser feliz, que si la vida es absurda, vacía y sinsentido. No puede ser que en la vida haya mil cosas que son «el sentido de la vida», porque estas mil cosas entrarán en contradicción entre sí y entonces nos harán infelices (la familia, la ambición profesional, ganar trofeos deportivos, intensa vida social y vivir en el confort, por poner un ejemplo). Tampoco puede ser que el fin de la vida sea vivir, porque también las plantas viven y no nos suelen dar envidia de su modo de existencia. De hecho, podríamos afirmar sin temor a equivocarnos que el sentido de la vida de las personas es la felicidad, en cierto sentido. Lo que hace la vida vivible es la felicidad; y si el hombre es infeliz, entonces la vida no tiene sentido y no merece la pena vivir. Leibniz decía que la felicidad es al ser humano lo que la perfección al ser: un ser humano llega a su plenitud cuando alcanza su sentido, y a esto es a lo que llamamos felicidad.

Aristóteles advierte de dos elementos importantes sobre la felicidad: el tiempo y de quién depende. Para que un hombre se pueda llamar feliz hay que esperar al final de su vida, a ver cómo acabó. Igual que una golondrina no hace verano, tampoco un rato de felicidad hace de un hombre un ser dichoso. La felicidad se refiere al arco de toda una vida buena, en la que podría haber habido malos momentos, pero cuya suma es positiva. ¿Y de quién depende mi felicidad? ¿De mí o de las circunstancias? Aquí Aristóteles afirma que depende de los dos elementos, porque puede ser que ponga todo el empeño y al final resulte un infeliz por

culpa de alguna desgracia, o puede que sin intentarlo, las circunstancias me sean tan favorables que pueda discurrir mi existencia plácidamente. Sin embargo, aunque haya circunstancias que no esté a nuestro alcance cambiar, sí lo está disponer nuestra actitud ante ellas. Hay una diferencia muy grande entre atribuir las circunstancias al destino férreo del Hado (antigüedad), al azar (modernidad), a una retribución por las acciones realizadas en una vida pasada (hinduismo), o a la providencia de un Dios amoroso (cristianismo).

2.2. ACCIÓN: OBJETO, FIN Y CIRCUNSTANCIAS; BIEN Y FIN

Aunque la felicidad se atribuya a una vida entera, en el fondo la vida de cada uno está dividida en acciones concretas. Ahora escribo, ahora leo, ahora estudio, ahora curo a un enfermo, ahora diseño un edificio, ahora descanso, etc. Así que tenemos que hacer una radiografía mínima de la acción, para poder decir algo de ella. Los elementos mínimos de la acción son el objeto, el fin y las circunstancias.

El objeto de una acción responde a la pregunta: ¿qué estoy haciendo? El fin o la finalidad de quien actúa responde a la pregunta: ¿para qué lo hago? Las circunstancias de una acción responden a la pregunta: ¿en qué situación, bajo qué condiciones, en qué momento, de qué manera, estoy haciendo esto? Imaginemos un maestro impartiendo una clase a sus alumnos. ¿Cuál es el objeto de la acción? La impartición de la clase. ¿Cuál es el fin? Habrá que verlo, pero podrían ser algunos de los siguientes: que los alumnos sepan más, ganarse su sueldo, ocupar su tiempo, demostrarse a sí mismo y a otros lo mucho que sabe..., etc. ¿En qué circunstancias se da? Habrá que verlas también, porque no es lo mismo impartir una clase de refuerzo en un barrio de bajos recursos como voluntario de una ONG, que impartir una lección magistral pagada a precio de oro en el MIT, o dar una clase particular complementaria a un par de alumnos.